

## EL CONFLICTO IGLESIA-ESTADO DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Enrique CANUDAS SANDOVAL

### 1. BREVE INTRODUCCIÓN

La lucha entre la Iglesia y el Estado, o como decían los viejos textos, entre el poder espiritual y el poder temporal, tiene hondas raíces históricas en México. Desde el padre fray Bartolomé de las Casas, que además de defender y proteger a los indios de su completa extinción a manos de sus conquistadores, intentó subsumir el poder terrenal (el de los conquistadores y los encomendados, de los oidores y el virrey, y del mismo rey) al poder de Dios, o sea, al de la Iglesia. Pasando por la expropiación de los bienes y expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII a manos del Monarca, hasta llegar a la guerra “religiosa” que fue la de Independencia nacional, en la que el alto y el bajo clero tuvieron una participación decisiva, los nombres del cura Hidalgo y el cura Morelos sintetizan a las centenas de curas que tomaron participación activa en los sucesos de 1808-1821. José Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, emblematiza el pensamiento liberal, ese pícaro periquillo podía declarar contra el poder de la Iglesia desde la mazmorra en que lo tenía preso la Inquisición por infidente y hereje. El proceso de descolonización fue lento y tortuoso durante los primeros treinta y cuatro años de vida independiente (1821-1855). Las estructuras e instituciones coloniales resistieron los cambios: el viejo ejército colonial, la Iglesia católica, la aristocracia minera y agrícola, formaron diversas alianzas para impedir los cambios, y dominaron la escena política nacional hasta el triunfo de la revolución de Ayutla y la última expulsión de Antonio López de Santa Anna del país. Fue entonces que los liberales promulgaron las conocidas leyes de reforma que, entre otras cosas, establecían la separación de Iglesia y Estado, el registro civil público, la educación pública y laica, amén de la confiscación de los bienes terrenales de la iglesia y, finalmente, escribieron la constitución de 1857. La reacción de la Iglesia católica fue inmediata: se negó a obedecer las leyes constitucionales y excomulgó a toda alma viviente que

osara jurar ese engendro del diablo. Mucha sangre se derramó en la guerra de tres años o de Reforma, de la que los liberales salieron triunfantes, y la iglesia derrotada y cada vez más desprestigiada, no sólo por sus derrotas, sino por las causas que defendía. Fue entonces que la Iglesia se involucró en la lucha que minaría su poder, influencia y prestigio. La alta jerarquía católica mantenía entonces una embajada de notables monseñores y conservadores, negociando la independencia de México con los principales reyes de Europa y con el Papa. Finalmente, con cualquier pretexto, como la suspensión temporal del pago de la deuda externa por parte del gobierno juarista, la Iglesia logró una intervención internacional contra México: los monarcas de Inglaterra, Francia, España, Bélgica, Austria y el estado Vaticano, enviaron soldados a invadir a México. Fue una guerra imperialista injusta y sangrienta, en la que luego de casi seis años de matanza fratricida, el patriotismo mexicano infligió una severa lección al colonialismo europeo.

El Estado mexicano renació en 1867, así lo proclamó Juárez con la bandera de la independencia nacional en sus zapotecas manos. Los liberales triunfadores de esta segunda guerra de independencia nacional, pasaron, primero, a ejercer el poder durante las siguientes cinco décadas, y más tarde ingresaron al panteón de los héroes nacionales, la Iglesia quedó derrotada, débil y desprestigiada. Apenas entonces pudo el país y sus gobernantes liberales (Juárez, Lerdo y Díaz) consolidar el Estado nacional y conducir el país por la senda del “progreso”.

El impacto transformador de la revolución capitalista sobre las estructuras semicoloniales de México fue de gran envergadura, los fantasmas corporativos del viejo régimen colonial, como la Iglesia católica, el ejército aristocrático y la masa indígena subsumida en la servidumbre y la ignorancia, eran parte de la “conserva”; contra éste México lucharon los liberales, con el fin de descolonizarlo y avanzar por la senda del “progreso”, como lo hacía el resto de la humanidad “civilizada”. Los dirigentes liberales siempre hablaban de progreso y civilización, nunca dijeron capitalismo.

Después de sus derrotas en 1857, 1861 y 1867, la Iglesia Católica quedó mal parada para actuar en política. Sin embargo, desde 1888 se inició una política de conciliación entre Estado e Iglesia. En los últimos años en el poder ejecutivo de Porfirio Díaz, se comenzó a organizar un partido con elementos clericales que después, a la sombra del presidente interino De la Barra, quedó definitivamente constituido con el nombre de Partido Católico, feroz opositor y detractor de Madero.

La siguiente es una radiografía de la estructura religiosa y educativa de México en 1910. El pueblo mexicano era ignorante y eminentemente católico, 15,033,176 mexicanos juraron dicho credo ante la encuesta del tercer censo de población que se realizó en octubre de 1910, o sea, el 99.5% de la población se confesó católica, apostólica y romana. La hegemonía católica no podía ser más evidente; pocos, muy pocos osaron declararse ateos o librepensadores en aquel unánime e intolerante universo católico. En orden alfabético, de Aguascalientes a Zacatecas, México era cristero de corazón y mariano de confesión. Muy atrás en cuanto a influencia, riqueza, poder sobre las masas y difusión de culto, estaban los protestantes, particularmente evangélicos y presbiterianos, apenas 68,889 ciudadanos en toda la república confesaron su “infidelidad” al culto católico, por haberse pasado a las disciplinadas, evangélicas y fanáticas almas protestantes; más de diez mil en el Distrito Federal, cinco mil en el estado de México, más de cuatro mil en Chihuahua y Nuevo León, poco más de tres mil en cada uno de los estados de Sonora, Hidalgo y Veracruz, más de mil en Tabasco y Chiapas, sin duda, una religión en rápido crecimiento gracias a la ley de tolerancia religiosa de 1857 y a pesar de los continuos linchamientos de protestantes por parte de fanáticos católicos. Entre judíos y musulmanes no pasaban de tres centenas en toda la república. Sin duda, la virgen de Guadalupe reinaba en México de manera absoluta.

Era el mexicano un pueblo ignorante porque el promedio nacional de alfabetización era apenas del 25%. La situación era muy desigual en materia de educación, mientras existían estados como Tabasco, Campeche o Chiapas con índices de analfabetismo de más del 90%, el Distrito Federal podía presumir en cambio de haber alfabetizado a cerca del 50% de sus habitantes. Los estados del Norte, Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila, durante las tres décadas del porfiriato dieron un gran paso adelante en materia de poblamiento y educación, logrando difundir la lectura y la escritura entre el 30 y el 35% de sus respectivas poblaciones, que se encontraban además, en rápido crecimiento. En general, entre 1878 y 1908 el número de escuelas primarias aumentó de 5,194 a 12,068 en todo el país, las inscripciones infantiles saltaron de 141, 780 a 658, 843.<sup>162</sup> En su último informe al Congreso de la Unión, Díaz anunció la construcción de diecisiete nuevas escuelas rurales.<sup>163</sup> La Iglesia católica sólo tenía 586 escuelas con 43, 720 estudiantes en 1910,

<sup>162</sup> Los presidentes ante la Nación. t. II, México, Edición del Congreso de la Unión.

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 575.

una pequeña fracción de la población escolar total. Si las escuelas aumentaron, también lo hicieron los maestros que en sus aulas atendían a la creciente población escolar. Eran más de 21 mil los maestros que recibían su sueldo del gobierno federal en 1910. El de maestros era un gremio con intereses propios, educado en las aulas de las escuelas normales, pensante y activo. Algunos de los principales líderes revolucionarios salieron de sus filas, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Otilio Montaña y muchos más, fueron maestros de primeras letras en su juventud.

## 2. LA IGLESIA ANTIMADERISTA

La Iglesia católica fue actor protagonista de la guerra revolucionaria. Tuvo múltiples medios a su alcance para actuar en los principales sucesos de la guerra civil. No sólo a través de su disciplinado ejército de arzobispos, obispos, sacerdotes, frailes, monjes y monjas, que superaba los doce mil efectivos en toda la república, y el poder de sugestión que ellos tenían a su vez sobre el pueblo, sino que contaba también con un ejército de propagandistas de la fe católica, gracias a las decenas de periódicos que auspiciaba o públicamente financiaba a lo largo de toda la república.

El caso de Silvestre Terrazas puede ilustrar el ejemplo. Silvestre era un importante personaje de Chihuahua, dueño del periódico *El Correo de Chihuahua*. Militante católico desde décadas atrás, en 1891 fue nombrado secretario de José de Jesús Ortiz, obispo de Chihuahua, fue director del periódico de la arquidiócesis, la *Revista Católica*. Tanto la Revista como *El Correo de Chihuahua* formaron parte de esa embestida contra el régimen local y contra el federal. Hacia finales del porfirismo, la Iglesia católica volvió por sus fueros, criticando al régimen porfiriano, en el que había disfrutado de una amplia tolerancia. La *Revista Católica* atacó precisamente la política de tolerancia religiosa del régimen de Díaz, en especial a los misioneros protestantes estadounidenses y a los mormones que llegaban a Chihuahua. Durante los años en que Silvestre Terrazas fue secretario particular del obispo, desarrolló una ideología cristiana de amor e igualdad. Con dinero de la iglesia fundó *El Correo de Chihuahua* en 1901, fuerte opositor a sus parientes lejanos, los otros Terrazas y a Creel, desde cuyas páginas Silvestre difundía, además del sistemático ataque contra el grupo gobernante local y nacional, partes de la Encíclica *Rerum Novarum*. Para 1907 y 1908, *El Correo* se había convertido en un foro donde podían airearse agravios de todo tipo contra el gobierno estatal y el fe-

deral. Creel fue acusado en *El Correo* de recibir contribuciones monetarias de las iglesias protestantes como pago por permitir su difusión. De manera que Terrazas y su diario empezaron a ser objeto de represión y persecución por parte del gobierno local. En abril de 1907, Silvestre Terrazas fue encarcelado dos semanas, en 1910 apoyó con su periódico la causa de Madero.

Después de los tratados de Ciudad Juárez, a finales de mayo de 1911, Porfirio Díaz se exilió, Madero fue proclamado ganador de las elecciones extraordinarias y presidente constitucional de México en noviembre de ese año, dieciséis meses después fue asesinado. Su gobierno fue breve e inestable, desde que asumió el poder ejecutivo tuvo que enfrentar la oposición organizada del viejo régimen, sus enemigos eran poderosos, entre los que hay que contar al ejército porfirista, pero también a la Iglesia católica. El ejercicio del poder no fue para Madero un lecho de rosas, eran muchos los problemas y batallas que tenía que enfrentar, como el de la jerarquía católica que, por sus prácticas y creencias espiritistas, lo estigmatizó como aliado del Satanás protestante: “Nosotros los católicos sabemos que ciertos fenómenos espiritistas como las relaciones con los espíritus son sólo una expresión de los contactos con el diablo”. Pensé desde el principio de la revolución que Madero y sus seguidores eran agentes del demonio, resultado de una influencia supra humana de inteligencia superior, la del demonio.<sup>164</sup>

Desde agosto de 1911, quedó constituido y se presentó en la lucha política el Partido Católico Nacional, ostensiblemente patrocinado por la Iglesia y auspiciado por el todavía presidente interino De la Barra, el partido católico apoyó las candidaturas de Madero a la Presidencia y De la Barra a la vicepresidencia. La fórmula fracasó. El partido católico actuaba en toda la república, en Chiapas por ejemplo, lanzó un candidato apoyado por el Obispo Orozco y Jiménez, el mismo que no ha mucho había encabezado una fracasada rebelión con indios chamula.

Los herederos de Filomeno Mata en cambio, en el *Diario del Hogar*, definieron al Partido católico como una excrecencia del viejo régimen. Los Mata eran herederos de una tradición de periodismo independiente, crítico y opositor, en su *Diario del Hogar*, fundado en 1886 por el viejo Filomeno, señalaron esas lacras del pasado régimen incrustadas en el nuevo gobierno maderista, que, “aprovechando la oportunidad de las libertades, incubaron al calor de la

<sup>164</sup> María Eugenia Ponce Alcocer, *Las haciendas de Mazaquiahuc, El Rosario, El Moral, 1912-1913*, México, 1981, p. 205.

lucha democrática, nuevas y más grandes aspiraciones que se tradujeron en la formación del Partido Católico”, amalgamado al partido Científico. Sin embargo, comentó el *Diario*,

el pueblo los desairó en las urnas. Reconocemos que el señor Madero y su gobierno han cometido errores, reconocemos que en mucho se debe a esos errores, la crecida excitación y descontento que se está traduciendo en movimiento armado ( ) esta es la labor de los católicos y de los científicos, es la obra del despecho y de la envidia, es el maquiavelismo en acción ( ) ellos han soplado sobre las ascuas para encender la hoguera, fomentan el descontento, acrecientan las pasiones ( ) pero no son capaces de protestar contra la tendencia intervencionista de los yanquis, que se aprestan a profanar nuestra soberanía ( ) éste es el desenlace que ellos ambicionan ( ) el abismo en que quieren despeñar nuestra nacionalidad ( ) para que el Gobierno invasor entregue en manos de los funestos, de los miserables caínes, las riendas del poder.<sup>165</sup>

El drama político mexicano estaba a punto de desenlazarse, todo mundo supo que Fernando Iglesias Calderón acusó a Aquiles Elorduy de participar en un complot de “católicos reaccionarios”, los cuales se reunían en la casa del ingeniero Alberto García Granados. Alguien en esa junta dijo que era preciso acelerar la caída del gobierno de Madero, aunque para ello fuera necesario ayudar a Zapata. “Sí es cierto”, replicó Elorduy, y elogió a la Liga de la Defensa Social que encabezaban Jorge Vera Estañol y otros conservadores católicos. El presidente Madero lo supo, su madre se lo dijo, pero él confiaba en los espíritus. La mayor parte de los periódicos y los periodistas del país continuaban siendo porfiristas. La imagen pública de Madero fue hecha astillas por esta prensa enemiga que se editaba sobre todo en la capital. Quizá por ello y obedeciendo el consejo materno, el 2 de mayo fue internado en la penitenciaría de Lecumberri don Trinidad Sánchez Santos, director del periódico católico *El País*, acusado por el gobernador del Distrito Federal de publicar “noticias falsas y alarmantes”. Por las poderosas influencias arzobispales, don Trinidad fue liberado tres días después. En *El Debate*<sup>166</sup> el licenciado Luis Cabrera preguntó ¿qué han hecho los maderistas para dar cumplimiento a

<sup>165</sup> El Diario del Hogar, domingo 3 de marzo de 1912, p. 3.

<sup>166</sup> Periódico fundado por Ramón Corral como órgano de propaganda para la reelección de Porfirio Díaz y Ramón Corral en 1909.

las promesas de la Revolución? Él mismo contestó: nada, apenas cambiar al general Díaz por Madero. Pero “dentro de tres meses —profetizó Cabrera—, cuando el gobierno del señor Madero haya caído”, se comenzarán a resolver los problemas que reclaman solución inmediata, como el problema agrario que ya deberíamos haber comenzado a resolver. “Es necesario tomar la tierra de donde la haya para reconstruir los ejidos de los pueblos”. El licenciado Cabrera fue atacado por la prensa católica por negar, en nombre de la libertad de creencias, el derecho a los católicos de estar en la Cámara, eso “es jacobinismo rampante y sangriento”, opinó Trinidad Sánchez en *El País*.

La Iglesia católica estaba en la batalla política, pero no por su cordero descarriado, sino por su fuero. Elementos destacados del Episcopado, en una dieta de obreros convocada por el Excmo. Sr. Dr. D. J. Othón Núñez, firmaron el siguiente documento:

Secretaría del Obispado de Zamora. Los prelados reunidos en Zamora con motivo de la Dieta de Obreros Católicos, hemos creído de nuestro deber dirigiros esta carta, que no está destinada para que se haga pública, sino para que os sirva de estímulo para continuar en la grande obra emprendida en la defensa de los intereses políticos de los católicos, felicitamos al Partido Católico Nacional. Los principios católicos acerca del origen del poder, es el respeto que debe todo gobernante a los derechos de Dios. Algunos agitadores tratan de complicar en rebeliones y sediciones a los elementos sanos de la sociedad. Como Prelados, así como hemos dejado en plena libertad al Partido Católico para designar sus candidatos, no podemos de ninguna manera callar cuando se trata de los principios morales. La Ley Divina prohíbe y condena toda rebelión contra las autoridades constituidas. Pero no siempre lo que es lícito es prudente o conveniente. José, Arzobispo de México. Eulogio, Arzobispo de Antequera. Leopoldo, Arzobispo de Michoacán, Francisco, Obispo de Chiapas, ARZ. De Guadalajara. Emeterio, Obispo de León. José Othón, Obispo de Zamora. José María, Obispo de Saltillo.

La alta jerarquía eclesiástica concluía que *no siempre lo que es lícito es conveniente*.

No era de ninguna manera lícito asesinar a Francisco Madero y a José María Pino Suárez, pero era conveniente para ciertos intereses, era también la revancha del grupo porfirista derrotado menos de dos años atrás. Esa era la opinión del tenebroso embajador norteamericano Henry Lane Wilson, que al interior de la embajada planó y ejecutó el doble magnicidio, en connivencia con Félix Díaz y Victoriano Huerta, por eso se le conoce como el pacto de la

embajada. El 9 de febrero de 1913 estalló la Decena trágica, cuyo último y más trágico evento fue el asesinato a mansalva de Madero y Pino Suárez. Días antes, cuando ya eran prisioneros de Huerta, se presentó en palacio nacional el ex ministro de relaciones de Madero, el católico Pedro Lascuráin, que traía el texto de sus renunciaciones. Pino Suárez no estuvo conforme en cuanto al motivo que se daba como causa de las renunciaciones. Se discutió el punto y al fin se convino en decir que renunciaban “obligados por las circunstancias”, es decir, por las bayonetas y las ametralladoras apuntando sobre sus cabezas. Lascuráin salió a informar al general Huerta, sacó un escapulario de su pecho y lo besó fervorosamente. La noche del 22 de febrero de 1913, Francisco Madero y José María Pino Suárez fueron sacados de sus prisiones, subidos a dos automóviles y trasladados a Lecumberri, en cuya parte trasera fueron acibillados. El Partido Católico no derramó ni una furtiva lágrima por las víctimas y se reservó el nombre de su candidato para la próxima elección presidencial.

#### 4. LA BODA DE LA IGLESIA Y EL GOBIERNO USURPADOR DE HUERTA

Lo que no supo o no quiso hacer Madero, por no seguir los realistas consejos maternos, lo hicieron con él y su efímero gobierno sus enemigos. Una vez que Victoriano Huerta asaltó el poder se inició una batida total contra el maderismo. Eran frecuentes las noticias de maderistas fusilados o encarcelados, como el ex gobernador maderista de San Luis Potosí, general y doctor Rafael Cepeda, que fue internado en la Penitenciaría de la ciudad de México. La Iglesia católica no sólo no derramó una lágrima por las víctimas del magnicidio, sino que el gobierno espurio de Huerta fue alabado y sostenido por ella. El obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón pronunció el 5 de marzo de 1913, diez días después del magnicidio, “un discurso, no un sermón, laudatorio para el nuevo gobierno, en la Plaza de Armas de San Luis Potosí”. Fueron aprehendidos, acusados de conspiradores por el gobierno huertista, José Vasconcelos y Miguel Alessio Robles. Sólo unas horas estuvieron detenidos estos sospechosos de conspiración maderista. El 17 de abril de 1913 *El Imparcial* publicó en primera plana: “El clero de México ayudará al gobierno con la suma de veinte millones de pesos. Altos dignatarios del clero mexicano han tratado en estos días sobre la ayuda que pueden impartir al actual gobierno, para procurar el pronto restablecimiento de la paz”. Esta y otras ayudas al gobierno espurio, no sólo financieras sino espirituales también, fueron cobradas a la Iglesia ca-



tólica por Carranza y Obregón dos años después. Ese 17 de abril, el arzobispo de México se retractó, porque “a pesar de los buenos deseos del clero (de ayudar al gobierno de facto), no cuenta, ni podría contar con veinte millones de pesos. Estoy seguro —agregó— de que todos los señores sacerdotes, que son patriotas, con mucho gusto contribuirán en lo personal”. Era la confesión de la boda de la Iglesia con Victoriano Huerta.

Entonces apareció un nuevo personaje en la escena histórica nacional: el presidente municipal de Huatabampo, Sonora, un hombre de 32 años de edad llamado Álvaro Obregón, descrito por Taracena como “vigoroso, fatuo, ambicioso, felino e ingrato, de extraordinaria energía y de inagotable buen humor, burlón y cáustico”. Richmond dice que “era norteño y excepcionalmente joven, era un feroz anticlerical, convencido de que los curas de la iglesia católica sostenían a Huerta y le hacían la guerra a Carranza”. La mayoría de los intelectuales constitucionalistas era anticlerical. Tiempo después, Obregón decretó la expulsión de varias decenas de sacerdotes extranjeros y nacionales, incluyendo al nuncio apostólico. La Iglesia católica recibió un trato más amable de los villistas que de los carrancistas, y el zapatismo era abiertamente católico, al grado de admitir sacerdotes en sus filas. Usaron y llevaron la Virgen de Guadalupe como bandera a las batallas.<sup>167</sup> En el norte la Iglesia fue más débil y tuvo que competir con la “invasión” protestante desde 1857. Ni el zapatismo ni el villismo mostraron anticlericalismo, tampoco tuvieron que enfrentar la ira y el castigo divino de la Iglesia, como Carranza, Obregón, Calles, Alvarado, Villarreal, Múgica, Diéguez y otros, para quienes la extirpación del fanatismo católico de la mente de la sociedad mexicana era una labor política importante del programa revolucionario.

A pesar de ser tiempos de violencia y agitación, los habitantes de la ciudad de México se divertían. En el Teatro Principal se representaba *Canción de Cuna*, en el Arbeu *La Infiel*. Los precios eran populares, cincuenta centavos la luneta en el Teatro Mexicano; en el Lírico sólo veinticinco centavos por tanda. El Teatro Colón ofrecía en función de gala la ópera *Carmen*, de Bizet.

<sup>167</sup> Jean Meyer, *La Cristiada*, pp. 95-99; J. Reed, *México insurgente*, pp. 94-104 señaló que los hombres de Contreras usaban como insignias imágenes de la Virgen de Guadalupe. Los propagandistas de Carranza sacaron gran provecho de estos símbolos al señalarlos como producto de la reacción clerical, del jesuitismo, y los partidarios del lema “religión y fueros”. Véase *Revolución Social*, 27 de febrero, 16 de mayo de 1915, y *El Demócrata*, X-1914.

El costo de los palcos: quince pesos, las lunetas dos cincuenta. La gran ciudad ofrecía a sus 650 mil habitantes múltiples espectáculos, desde bombardeos, fusilamientos cotidianos y magnicidios, hasta un concierto en el Alcázar de Chapultepec con un cuarteto de cuerdas; había público para todo, para el Teatro Hidalgo y para el Frontón Nacional, donde esa tarde se jugarían dos quinielas, no faltaban tampoco los fusilamientos ni los combates. El Teatro Lírico estrenaría obra *El País de la Metralla*, era una sátira “cobarde contra los funcionarios caídos”, propaganda huertista, en la que aparecían en escena “Vespasiano Garbanza” y “Chemalía Castorena”, por Venustiano Carranza y José María Maytorena, unos mercachifles, traicioneros, “jijos de la intervención”, pues “el que vende su nación es digno de que cualquiera se la miente de un jalón”. Apareció en la obra un personaje inédito aún para la dramaturgia política mexicana: “La Crisis”, también aparecía la conferencista “gachupina” Belén de Zárraga, que hizo reventar de coraje el hígado de la iglesia católica y de los conservadores nacionales, por proclamar la libertad e igualdad femenina con respecto al hombre, y su derecho a votar y ser votada; de “ramera comunista” la bautizó la prensa católica. Para sellar su lazo de unión, el clero católico concedió un préstamo a Huerta.

El 9 de julio de 1913, el ministro de gobernación de Huerta, Aureliano Urrutia, se dirigió al “Ilustrísimo Señor Arzobispo José Mora del Río”, a quien trató como a un propagandista, puesto que le agradeció “la labor que viene prestando al gobierno con objeto de lograr el restablecimiento de la paz”, en nombre de esa estrecha colaboración y de las buenas relaciones entre Iglesia y Estado, el ministro le pidió al arzobispo “continuar esa labor, y hasta que procure hacerla más intensa todavía”. Ya en confianza, el ministro le reclamó las pompas fúnebres que se habían celebrado en alguna iglesia en honor de Francisco Madero, lo cual sólo había producido “mala impresión en la sociedad y en el ánimo del gobierno”, por lo cual, le sugirió “tomar las medidas oportunas a fin de que no vuelvan a repetirse demostraciones de tal índole”, pero especialmente le recomendó “evitar a todo trance que continúe haciendo sus trabajos antigobiernistas cierta personalidad del clero”. Entre judíos favor con favor se paga, de manera que el Señor Arzobispo Mora respondió que atendería todas las recomendaciones de su excelencia, pero a cambio pedía que se le devolviera el palacio Arzobispal, “si así fuera, Dios lo tendría muy en cuenta y todos le viviríamos agradecidos”. También le pidió indemnización por las pérdidas ocasionadas por la Revolución: dinero acuñado, vasos sagrados, cálices, custodias, lámparas, todos en oro o plata y alhajas

diversas; sólo los cálices de oro eran dieciocho. Indemnización que podía ser pagada mensualmente para los gastos del culto,

mesadas del Arzobispo, canónigos y capellanes de coro y sacristanes, ascienden anualmente a la suma de sesenta mil pesos. No se crea que los sueldos son excesivos, pues el Arzobispo solamente tiene \$ 750 mensualmente y con ellos debe atender los alimentos, vestido, servidumbre, gastos de casa y limosnas, porque a él recurren todos los necesitados ( ) ¿podría el gobierno hacernos el gran bien de darnos un capital que produjera todo lo necesario para conservar lo que tenemos? Bastaría con un millón de pesos”.<sup>168</sup>

En el mitin que celebró el Partido Católico en San Ángel, su candidato a la presidencia, Federico Gamboa, expresó sin temor que todavía seguía admirando a Porfirio Díaz, a quien se le tributaron nutridos aplausos. El exilado en París acababa de cumplir 83 años, viejos achaques y nuevas enfermedades estaban minando su cuerpo rápidamente. No quería morir sin antes ver a su patria volver al sendero del progreso por la paz, pero no le fue concedido. A cuatro días de celebrarse las elecciones presidenciales, esto es, el 22 de octubre de 1913, con el congreso de la unión preso y el país en llamas, el poeta y diputado Díaz Mirón publicó en *El Imparcial* un artículo recordando quien era el candidato del Partido Católico: “un masón, excomulgado, Soberano Príncipe Rosa Cruz, Caballero del Águila y del Pelicano y novelista pornográfico”, sobre el que no quiso revelar cosas “que ensuciarían las letras de molde”, así era, para el viejo poeta porfirista Díaz Mirón, el “candidote” del Católico Partido.

El 22 de octubre desembarcó en Veracruz el otro candidato, Félix Díaz. Llegó a su “tierra” en forma por demás extraña, protegido por la bandera de las barras y las estrellas, esto es, por Mr. Lind, que lo alojó en el Hotel Alemán y le dio asilo y protección en el consulado norteamericano.

José Elguero, en editorial del periódico católico *El País*, difundió su voz evangélica y huertista: “Fieles a los mandatos del grande, del ilustre, del sapientísimo Papa León XIII, reprochamos la rebelión armada”, su anatema iba dirigido contra Carranza. El arzobispo de Michoacán, Leopoldo Ruiz condenó al infierno a todos los rebeldes: “Bien sabido es que después de las Encíclicas de León XIII nadie puede sostener el derecho de rebelión”, la exco-

<sup>168</sup> Diario del Hogar. 10.10.1914.

muni3n iba dirigida contra Carranza y sus constitucionalistas, con destinatarios como lvvaro Obreg3n, Salvador Alvarado, Francisco J. Mjica y muchos más. Huerta no s3lo tenía estos poderosos enemigos, incluyendo a Francisco Villa, sino que su principal enemigo fue el presidente Woodrow Wilson, que asumi3 el poder apenas semanas después del golpe de estado en México, y que, aún contra la opini3n del embajador Lane Wilson, no reconoci3 al gobierno espurio de Huerta y le declar3 la guerra. Un año después, Victoriano Huerta salía derrotado del país, exilndose en Barcelona, no sin antes visitar al moribundo de París.

En abril de 1914 el presidente Wilson orden3 a sus tropas desembarcar y tomar Veracruz, después de varios días de bombardeos por parte de los cruceros norteamericanos anclados frente al puerto, y de una heroica resistencia de sus habitantes, Veracruz fue ocupada por la marina norteamericana. La prensa se ocup3 profusamente de la morbosa invasi3n y luego del caso Lind, representante del presidente Wilson en México, pero que no se acredit3 como tal con Huerta, se ocup3 también de la intromisi3n norteamericana en los asuntos mexicanos. Ante un editorial de *El País*, diario cat3lico, que deb salir de la pluma de José Elguero o “cualquier otro líder cat3lico”, Taracena pregunt3 si había sinceridad en el desplante antinorteamericano de “la usurpaci3n (Huerta), y no la impotencia al no obtener el reconocimiento de Wilson. Porque ese antiyanquismo no se compagina con la triste subordinaci3n inicial al embajador Lane Wilson”.<sup>169</sup> Pero para el editorial de *El País*, Huerta era David dispuesto a enfrentar a Goliat, animado por “un nacionalismo a toda prueba, un valor que raya en temeridad”.

Con Veracruz ocupado, 35 mil soldados de las tres armadas apostados a lo largo de la frontera norte, y todos los puertos del Pacífico y el Atlántico bloqueados por la cuarta y quinta flota naval norteamericana, el gobierno de ese país convoc3 a los embajadores de Argentina, Brasil y Chile acreditados ante la Casa Blanca (El ABC), para que sirvieran de “intermediarios” en el conflicto mexicano. El ABC sugiri3 a Huerta, Carranza y Villa un armisticio mientras duraban las negociaciones. Carranza se deslind3 de las proposiciones, señalando que “el conflicto entre México y Estados Unidos, provocado por Huerta, es independiente de nuestra guerra interna”, y que no creía conveniente suspender las hostilidades militares. Hasta el Papa Pío X intervino en los asuntos

<sup>169</sup> Alfonso Taracena. La verdadera revoluci3n mexicana: 1901-1920. IV tomos. UJAT-Gobierno del estado de Tabasco.

mexicanos, expresando al arzobispo Mora y del Río sus votos divinos porque la propuesta del ABC encontrara eco en los católicos mexicanos. El 20 de mayo de 1914 se instaló en *Niagara Falls* el comité del ABC, con la concurrencia de delegados huertistas. Carranza negó, desde el primer momento, derecho a las naciones extranjeras a intervenir en los asuntos internos de México.

Cuando pasó por Tepic, Obregón fue informado de la insidiosa labor política de los miembros del clero católico local, que patrocinaba y asesoraba dos periódicos que en aquella ciudad se editaban, bajo los títulos de *El Hogar Católico* y *El Obrero de Tepic*,

en los que hacían —justificó Obregón— una desesperada defensa del huertismo y atacaban al Partido Constitucionalista, teniendo los más acres calificativos para los hombres que militábamos en sus filas; por lo cual ordené que, desde luego, se intervinieran los archivos de dichos periódicos. Resultó como principal responsable de la labor antirrevolucionaria el obispo Andrés Segura, a quien se le instruyó proceso y se le sentenció a ocho años de prisión. Los demás clérigos complicados con el obispo en su obra difamatoria contra nuestro movimiento fueron expulsados por orden de mi Cuartel General, siendo conducidos hasta Nogales, Son., donde se les hizo atravesar la línea internacional.<sup>170</sup>

Subrayemos que Obregón sometió a juicio y luego hizo expulsar a los implicados en la propaganda contrarrevolucionaria, pero no ordenó ningún asesinato caprichoso e impune. En una conferencia que tuvieron en Torreón, Álvaro Obregón y Pancho Villa se acordó:

siendo la actual contienda una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos, las desgracias que afligen al país emanan del pretorianismo, de la plutocracia y de la clerecía, las Divisiones del Norte y del Noreste se comprometen solemnemente a combatir hasta que desaparezca por completo el Ejército ex federal y a implantar en nuestra Nación el régimen democrático; a procurar el bienestar de los obreros; a emancipar económicamente a los campesinos, haciendo una distribución equitativa de las tierras, y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades a los miembros del clero católico romano que material e intelectualmente hayan ayudado al usurpador Victoriano Huerta.<sup>171</sup>

<sup>170</sup> A. Obregón, 8,000 kilómetros en campaña. México, FCE, p. 123.

<sup>171</sup> A. Taracena, *op. cit.*, p. 478.

La Iglesia católica anatemizó a Madero, tomó partido a favor del usurpador Victoriano Huerta y su gobierno, fue ostensiblemente anticarrancista hasta que clavaron en su cruz a Venustiano. Al siguiente día de haber sido designado Huerta presidente provisional, a menos de 48 horas de haberse perpetrado el doble magnicidio, el arzobispo Mora y del Río ofició un *Te Deum* en honor del nuevo presidente. Desde los púlpitos de toda la república, el ejército de sotanas rezó por el éxito del nuevo gobierno y por la paz. No sólo rezó, colaboró activa y pecuniariamente con los golpistas magnicidas. En el México central, el más profundamente evangelizado desde la conquista, se dieron los choques más fuertes entre Iglesia y constitucionalistas que representaban al Estado revolucionario. Debido a la pública e insidiosa colaboración de la jerarquía católica con las autoridades huertistas, el gobernador constitucionalista de Jalisco, el general Manuel M. Diéguez, ordenó que fueran detenidos los sacerdotes de Guadalajara y se tomara posesión de todas las iglesias. El Seminario Conciliar fue ocupado por tropas montadas que se apoderaron del colegio de los jesuitas. En el Palacio Arzobispal injuriaron al arzobispo imponiéndole una multa de quinientos mil pesos, y como no la entregó fue conducido a la cárcel. En total, fueron encarcelados más de 120 sacerdotes de todas nacionalidades que llenaron la Penitenciaría “Escobedo” de Guadalajara. Estuvieron incomunicados, acusados de conspiración y ocultación de armas. Luego, el gobernador y comandante militar de Jalisco impuso al clero un préstamo de cien mil pesos y se despojó de vasos sagrados y alhajas a la Catedral. A principios de agosto de 1914 fueron convocados los sacerdotes extranjeros que operaban en Jalisco, por el secretario de gobierno de dicho estado, Manuel Aguirre Berlanga, para notificarles que en un plazo de cinco días debían abandonar el país. En un carro agregado al tren de Colima, salieron los jesuitas, los juanarios, los maristas y salecianos de Guadalajara a Manzanillo, rumbo al extranjero, fueron despedidos por los católicos tapatíos con una manifestación muda. Todos fueron acusados de auspiciar la caída y asesinato de Madero, amén de ayudar material y espiritualmente al “tirano” Huerta. Reflexionando sobre el conflicto Iglesia versus constitucionalismo, el general Agustín Millán, gobernador de Puebla, escribió: “en el corazón de todo revolucionario honrado existe la convicción de ser el clero uno de los núcleos enemigos más formidables que se interponen a la realización de nuestros principios”.<sup>172</sup>

<sup>172</sup> Enrique Canudas S. *Revolución Mexicana 1910-1920*, Inédito, p. 505. De hecho, este breve ensayo ha sido extraído en su totalidad del libro mencionado.

También en Sonora se produjeron enfrentamientos, incluso armados, entre constitucionalistas y clero católico. La célebre “tribu” Yaqui casi siempre se rebeló y peleó del lado que sus mentores católicos le ordenaron. Durante la intervención europea de 1861-1867, combatieron del lado del Imperio y por Maximiliano, detrás de la cruz de cada una de sus rebeliones se escondía uno o varios curas y frailes. Por ello no fue extraño que durante la Revolución, lo mismo combatieran en las filas de Obregón que en las de Maytorena, en las de Calles o en las de Villa.

En el otro extremo de la república, en Mérida, desde que llegó el general Salvador Alvarado como gobernador y comandante militar de la península, se agudizó el conflicto religioso. Una manifestación organizada por el general Salvador Alvarado recorrió las calles de Mérida. Frente a la catedral se pronunciaron violentos discursos contra los curas, las monjas y la Iglesia Católica. Según un periódico católico que exageró la nota, fueron derribadas las puertas de los templos meridianos para dar paso a la chusma, que destruyó cuanto encontró a su vandálico paso, imágenes, pinturas, altares, vestiduras sagradas y hasta el órgano de la catedral. A lo largo de la revolución, Yucatán fue escenario del conflicto Iglesia-Estado. El gobernador y comandante militar, Salvador Alvarado, enfrentó la embestida de la Iglesia católica, y en contrapartida, en más de una ocasión se realizaron actos iconoclastas en diversas partes de la península. Cuando abandonó Yucatán a principios de 1918, Alvarado había logrado consolidar una sólida estructura política popular en torno al Partido Socialista, y había sembrado en todo el sureste la idea de que lo que México necesitaba eran más maestros y menos curas, más escuelas y menos iglesias.

#### 4. LA IGLESIA ANTICARRANCISTA

1915 fue el año de la definitiva derrota de Pancho Villa, en las sucesivas batallas de Celaya, León y Aguascalientes. Obregón redujo la División del Norte a bandas de guerrillas fugitivas, fue en una de esas batallas que perdió su brazo derecho a causa de la explosión de una granada. La paulatina consolidación militar y política de los constitucionalistas en el poder significó, en cierta medida, el regreso victorioso de los fantasmas de Madero y Pino Suárez, en cierta medida, porque los Madero habían estado combatiendo y asesorando a Francisco Villa que, ya para entonces, se había casado al menos 4 veces por el rito de la Iglesia católica, sin haberse divorciado nunca

de ninguna de sus anteriores mujeres y amantes. Los fantasmas maderistas volvían para continuar cazando brujas del régimen huertista y porfirista.

Entonces aprehendieron al poeta Luis G. Urbina en la capital de la república, acusado de extraditar “al tenebroso verdugo de Gustavo Madero, el ex general Manuel Mondragón”. Pocos días después Vicente Garrido Alfaro, ex director del periódico huertista *El Noticioso Mexicano*, fue enviado a la penitenciaría, a disposición de la comandancia militar; menos de una semana después fueron internados en la penitenciaría Martín Luis Guzmán y Manuel Bonilla, acusados de conspirar en favor de Villa, se rumoraba que José Vasconcelos no tardaría en acompañarlos a la sombra. El que sí los acompañó a una fría celda de la penitenciaría fue el ex general federal Eduardo Ocaranza. Los fantasmas maderistas perseguían incluso a instituciones tan poderosas como la Iglesia católica y su Partido Católico, que hicieron contra Madero la más obstinada oposición y luego apoyaron a Huerta con todos sus recursos materiales y espirituales. El que predijo que pronto José Vasconcelos iría a parar a la penitenciaría no se equivocó, el 8 de octubre fue aprehendido en la ciudad de México. Junto con los fantasmas, los poderes espirituales estaban de lleno en la batalla. Un luterano alemán, Martin Stecker, informó alarmistamente que muchos sacerdotes fueron encarcelados en Monterrey, que un párroco octogenario fue martirizado, que otros curas habían sido deportados a Texas; y no pocos ahorcados, cuarenta Hermanas de la Caridad violadas, por el trauma de la violencia sexual, una de ellas se volvió demente; soldados constitucionalistas hicieron actos inmundos en un altar.

Para la Iglesia católica la consolidación de Carranza en el poder ejecutivo fue algo semejante al apocalipsis, temía, justificadamente, que aquél cobrara ahora la obstinada guerra que le habían hecho durante los últimos años. Luis Cabrera, cercano asesor de Carranza, publicó un artículo<sup>173</sup> sobre la tortuosa relación Iglesia-Estado, en el que señaló que

la Iglesia Católica no sólo infringe las Leyes de Reforma, mezclándose en la política, sino que pone al servicio de los enemigos de la libertad y de la democracia su influencia sobre las masas y su riqueza. El propósito de las medidas revolucionarias que por todas partes se están tomando contra el clero católico, es impedir que el inmenso poder espiritual y económico de que dispone, se utilice nuevamente contra la causa de la libertad.

<sup>173</sup> El Demócrata, Diario constitucionalista, 30.09.1914.



En el mismo momento, *El Presente*, diario católico editado en San Antonio, Texas, publicó una noticia con olor a infundio, “en Celaya, Guanajuato, el general Álvaro Obregón sacó por la fuerza de su residencia a las religiosas Brígidas, y las mandó a un baile de ebrios”. Días después se amotinaron por segunda vez los habitantes de Morelia contra el general Gertrudis Sánchez, porque ordenó la expulsión de los salesianos y la confiscación de su colegio. El general Sánchez revocó el decreto y los sacerdotes fueron llevados en triunfo a sus casas por sus libertadores. El doctor N., quien prefirió guardar anonimato, juró que en su casa había diecisiete religiosas encintas. Estas y otras atrocidades, eran parte de la cotidiana guerra propagandística entre la Iglesia católica y los constitucionalistas.

El *Diario del Hogar* reflexionaba continuamente sobre la cuestión político-religiosa, en un editorial llamó a la actividad católica “la intriga del fraile, del eterno aliado de las tiranías ( ) sin ella, el capitalismo, la soldadesca, los políticos y los caciques, tendrían menos poder”. El enfrentamiento de la Iglesia contra el gobierno carrancista se hizo más ríspido desde finales de 1915, cuando la jerarquía católica mexicana buscó el auxilio de su par norteamericana, entonces el conflicto religioso se volvió internacional y empezó a formar parte de la estrategia político militar norteamericana. Se difundió entonces una carta abierta de la priora de las carmelitas de Querétaro, María Elías del Santísimo Sacramento, nombre religioso de la señora María Thiery, dirigida al Arzobispo de Nueva Orleans, Jaime Blenk, desde el Convento de las Carmelitas Descalzas de San José, La Habana. La cuestión religiosa se internacionalizaba, puesto que el Vaticano también intervino en México. La madre rezó todo un rosario sobre “la triste y lamentable situación en que se encuentra nuestra República Mexicana”, a causa de la

diabólica revolución y su persecución contra la Iglesia Católica. Nuestros templos están cerrados y nuestras iglesias son profanadas. Nuestros sacerdotes son perseguidos, andan errantes por los caminos sin tener qué comer. Las campanas han enmudecido: la sangre de nuestros hermanos ha corrido por las calles, las monjas son llevadas a los cuarteles y las vírgenes son profanadas. Las iglesias han sido profanadas, entrando a caballo, pisoteando las reliquias y tirando las hostias por el suelo. En algunas iglesias los carrancistas han simulado decir misa y realizan actos obscenos. ¡Cuánto no han sufrido los ministros del Señor!

Definitivamente, México estaba poseído por el diablo Carranza y sus secuaces.

En Guadalajara desterraron a todo el clero, fueron transportados como animales en jaulas y furgones. Al clero de Torreón y Zacatecas los pusieron en venta, y después de sacar de ellos cien mil pesos, los hicieron empedrar las calles, a varios fusilaron. De todas las sacristías y retablos han hecho caer los santos a balazos. He visto pasar carretones con santos que llevaban a quemar. En otros templos han baleado al Santísimo, todas las comunidades de monjas han sido expulsadas de la República. De todas las escuelas y colegios católicos se han robado los muebles escolares, y han plantado en las mismas sus escuelas laicas mixtas de hombres y mujeres, de tal promiscuidad sólo puede brotar la corrupción y la maldad. La inmoralidad se ha extendido a tal grado que han profanado no sólo vírgenes, sino violado monjas, es triste y lamentable la suerte de muchas religiosas que han sido víctimas de las desenfrenadas pasiones de los soldados. Muchas son las que lloran su desgracia y están próximas a dar a luz. En una casa de salud, que está por la Ribera de San Cosme, se encuentran 50 religiosas que se llevaron los soldados, y de las cuales 45 están próximas a dar a luz. El 28 de julio fueron expulsadas todas las comunidades de Aguascalientes, incluso nosotras, dándonos 24 horas para salir de la República.

Ese era, según la óptica exilada y dolida de la madre carmelita, el exagerado rosario de ultrajes cometidos por el Satanás carrancista. La Iglesia católica estaba, una vez más, en la batalla por México y sus limosnas.

Un nuevo frente de batalla con la Iglesia se abrió cuando Obregón retomó la ciudad de México a principios de 1915. Se topó con una realidad desoladora: los capitalinos morían de hambre y estaban próximos a amotinarse por un mendrugo de pan. Obregón intentó remediar la macabra situación, para lo cual decretó un impuesto extraordinario sobre capitales y otro al clero: “Emprendida la campaña contra el hambre de las clases pobres, con el objeto de aliviar la afflictiva situación actual de las clases trabajadoras, y de evitar los graves males sociales que pudiera ocasionar”, Obregón impuso la contribución. Como confiesa en su libro ya citado:

La mayor parte de los propietarios de pequeños capitales —asegura Obregón— acudieron gustosos a cubrir el impuesto que les correspondía; pero el resto celebró una junta en el teatro Hidalgo, y en ella acordaron no pagar. Los miembros

del clero siguieron igual conducta, dejando vencer el plazo que les había fijado sin tomarse siquiera la molestia de responder. La mayor parte del clero y de los extranjeros se dirigieron al primer Jefe, solicitando se les exceptuara del pago. Estos señores creían —comentó Obregón— que cuando se encuentra uno con un hambriento, basta hablarle en un idioma que éste no pueda comprender para quedar relevado del deber de aliviar su necesidad. En vista de lo anterior, ordené la aprehensión de todos los rebeldes a las disposiciones del Cuartel General, y se logró capturar a 180 sacerdotes católicos, inclusive el canónigo Antonio Paredes.

Los constitucionalistas combatían en varios frentes, el principal era vencer a la División del Norte, después a Zapata, y mezclados con ellos, la conducta insolente del prepotente clero católico, especialmente de su alta jerarquía, encabezada por el vicario general Antonio Paredes. Los choques con la jerarquía católica fueron frecuentes desde antes de 1913. Los constitucionalistas no olvidaban que el arzobispo cantó un *Te Deum* por los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Llevaban la cuenta del apoyo material y espiritual dado a Victoriano Huerta, y sufrían cotidianamente la soberbia conducta del clero. La Iglesia católica era dueña de almas, cuerpos y dinero, y tenía una conducta política similar a la que sostuvo cincuenta años atrás ante Juárez y la constitución de 1857, la de disputar al Estado el poder, basándose en su poder “espiritual” sobre las almas del pueblo mexicano. Todo lo cual provocó continuos choques con los constitucionalistas a medida que estos intentaron hacer obedecer las leyes. Esta actitud prepotente y poco humilde de la Iglesia, la condujo a sublevar a sus masas de feligreses en 1926. Carranza, Obregón, Alvarado, Calles, Múgica, etcétera, eran liberales que conocían perfectamente el papel que había desempeñado la Iglesia católica a lo largo de la historia de México, eran liberales e incluso ateos librepensadores, a los que el reto clerical transformó en anticlericales.

Ante la apremiante y angustiante situación social que encontró Obregón a su llegada a la capital, exigió al vicario general que en un plazo de cinco días le entregara medio millón de pesos a la Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo. El plazo se venció y Paredes ni siquiera contestó, una burla más, disfrazada de desobediencia pacífica. Obregón libró entonces la orden para que los cuatrocientos sacerdotes que había en la arquidiócesis de México se presentaran en la comandancia militar, situada en Palacio Nacional. Se presentaron sólo 168 eclesiásticos: 129 mexicanos, 33 españoles, tres alemanes,

un polaco, un sirio y un argentino, los demás desobedecieron la orden. Los que se presentaron fueron arrestados en la comandancia. Inmediatamente se produjo una manifestación católica protestando por las aprehensiones. En respuesta, el 21 de febrero, los miembros de la Casa del Obrero Mundial (COM) marcharon desde el Colegio Josefino “a paso de carga, armados de gruesos garrotes, en busca de los clericales ( ) dándoles alcance al llegar al cuartel general ( ) aparecieron puñales, navajas y piedras ( ) luego se les echó encima la policía”.<sup>174</sup> Según Bertha Ulloa, los ataques de que fueron víctimas los católicos suscitaron la indignación “de los capitalinos”, como si los obreros de la COM no fueran capitalinos. Un mes antes del enfrentamiento ocurrido el 21 de febrero, Obregón había entregado “oficialmente” a la COM la iglesia, el convento de Santa Brígida y el Colegio Josefino. Por presiones directas del gobierno de Estados Unidos sobre Carranza, obtuvieron la libertad 39 sacerdotes extranjeros que salieron rumbo a Veracruz. Ese era un nuevo frente de batalla para el constitucionalismo, la temible alianza de la Iglesia católica con el imperialismo yanqui.

Poco antes de que Obregón evacuara la capital por segunda vez, se produjo otro zafarrancho en la Alameda central, dos manifestaciones se encontraron cerca del hemiciclo que Porfirio Díaz mandó construir a Benito Juárez, una era católica, la otra liberal. Allí tuvo lugar el choque que dejó un muerto y varios heridos, “los fanáticos gritaban: ¡viva la Religión y muera Juárez! ( ) los fanáticos agredieron a los liberales; éstos, al grito de ¡viva Juárez y las Leyes de Reforma!”, repelieron la agresión. Obregón escribió en su diario de campaña su conclusión política y militar:

Es de hacerse notar que cuando los clericales iniciaban ese día su manifestación, las fuerzas del llamado Ejército Libertador del Sur emprendían simultáneamente sus asaltos sobre nuestras posiciones en la Escuela de Tiro, San Ángel e Ixtapalapa, por lo cual es de presumirse que había un acuerdo entre los asaltantes y los reaccionarios de la ciudad.

Era una prueba más de la connivencia zapatista con la Iglesia católica. Obregón también subrayó la solidaridad obrera con el constitucionalismo:

<sup>174</sup> National Archives of Washington, 812.404/64, Silliman al Srio. de Estado, 27.02.1915.

Era tan grande el entusiasmo despertado entre las clases populares a favor de la Revolución, que si hubiéramos tenido armas suficientes, habríamos podido armar más de veinticinco mil hombres, pero carecíamos de armamento para nuevos contingentes. Un contingente de más de cinco mil hombres desarmados; la mayor parte pertenecientes a los gremios obreros sindicados en La Casa del Obrero Mundial, fue remitido a Veracruz, para esperar allí ser armados, cuando llegará a aquel puerto el armamento pedido por la Primera Jefatura a los Estados Unidos.<sup>175</sup>

La crisis de subsistencia golpeó a toda la república desde 1913 y hasta 1918, pero fue particularmente severa en 1915 y 1916 en la capital. Los precios de las escasas mercancías en existencia subían día con día. Peor, el pueblo moría de hambre. Aprovechando el estómago vacío de las masas, “los socialistas” realizaron un mitin en la Alameda central de México, en el que los oradores excitaron a los proletarios al saqueo de almacenes mercantiles. Era la tormenta que Obregón vio venir y para la que pidió auxilio a la Iglesia católica, al no recibirla, prefirió evacuar tan problemática plaza. Los hechos le dieron la razón: el 7 de junio murieron dos menores y cuatro adultos, pisoteados por la estampida de una multitud durante la venta de maíz en la calle metropolitana de la Santa Veracruz. Los tumultos por conseguir un poco de maíz o frijol continuaron a lo largo del mes de junio en la ciudad de México. A finales de junio se produjo otro tumulto urbano en la lucha por sobrevivir, al ver pasar un carro cargado con el preciado grano, el pueblo hambriento se apoderó de unas cargas de maíz en la Estación Colonia; pero llegaron los zapatistas y cargaron contra “los maleantes”.

Cuando la Iglesia católica mexicana estrechó sus relaciones con su colega norteamericana, convirtió la cuestión religiosa en problema internacional. La Iglesia católica norteamericana abogó por su hermana mexicana: se convirtió en un arma de presión sobre ambos gobiernos, el mexicano y el norteamericano. Quince sacerdotes mexicanos y otros tantos españoles que se encontraban en Veracruz a punto de ser exilados, firmaron un documento protestando que ninguno de ellos aprobaba la petición hecha por católicos refugiados en tierra extranjera a un gobierno extraño, de dar protección a la Iglesia de México. El arzobispo Mora y del Río puso sus barbas a remojar, pero no ayudó a calmar los ánimos al refugiarse en Estados Unidos para atacar desde allí el régimen

<sup>175</sup> A. Obregón, *op. cit.*, pp. 287-289.

de Carranza. Al hacer tal cosa, denunció *El Dictamen* de Veracruz, Mora se había coludido con los “imperialistas norteamericanos”. Era parte de la coalición de intereses que respaldó a Iturbide en su ambición de ser presidente. Triple Alianza que se constituyó desde entonces y que continuó actuando con mucha eficacia a lo largo del siglo xx, integrada por la alta jerarquía católica, las compañías petroleras y el Estado norteamericano. Esa triple alianza se oponía tenazmente al reconocimiento de Carranza. A los miembros del clero les preocupaba su actitud anticlerical, a las compañías petroleras su indeclinable nacionalismo. En julio de 1915, el objetivo de ésta triple alianza era que Estados Unidos impusiera a Iturbide (nieto de Agustín 1º) en la presidencia de México.

Tres meses después, en octubre de 1915, el presidente Woodrow Wilson reconoció oficialmente a Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del poder ejecutivo. A muchos desagradó el reconocimiento de Wilson a Carranza, entre ellos, a Villa, Zapata y al arzobispo Mora y del Río. Tampoco agradó a la alta jerarquía católica norteamericana que, por diversos medios, presionó a su gobierno para que reconsiderara su conducta favorable al ateo de Carranza y sus constitucionalistas radicales. Con todos los medios a su alcance, el clero católico norteamericano presionó y criticó a su gobierno por el reconocimiento de Carranza, su crítica se apoyaba en el discurso del clero católico mexicano acerca de la persecución religiosa y los ultrajes contra sacerdotes, monjas, templos y objetos sagrados. Paradójicamente, el secretario de Estado Tumulty respondió en tono más cristiano y evangélico al recomendar a los católicos yanquis:

prudencia y afinidad pueden considerarse como incuestionablemente eficaces para unir a los mexicanos en la reconstrucción de su país. Los esfuerzos que se hagan para mantener el rencor entre ellos, equivaldrá a mantener abiertas las heridas que deben ser restañadas, y a prolongar los sufrimientos de las clases populares, fomentando la división y la discordia entre los hermanos de esa raza.<sup>176</sup>

*El Demócrata*, diario constitucionalista, fundado por Francisco Madero en 1904, ahora vocero del carrancismo, dedicó uno de sus últimos editoriales de 1915 para aclarar su posición con respecto al conflicto Iglesia *versus* Estado:

<sup>176</sup> Enrique Canudas S., *op. cit.*

“No somos enemigos de la iglesia, sino del mal clero”. Fue una larga explicación del conflicto entre poder temporal y poder espiritual: “El constitucionalismo no ha atacado ni atacará a la religión católica, ni a ninguna otra, pero sí ha combatido y combatirá contra la intromisión del clero en los asuntos políticos de la Nación”. Hizo un breve balance histórico,

los príncipes de la Iglesia han sido funestos para la nación mexicana. Ellos prohibieron la lectura de libros liberales, excomulgaron a Hidalgo, Morelos y demás insurgentes, los degradaron, los humillaron, los torturaron; ellos son los enemigos de Juárez, trajeron la intervención francesa, calumniaron y contribuyeron a la inmolación de Madero y ahora contribuyen a la guerra santa, es decir, la guerra contra la patria, la libertad y la ley.

Ocultándose tras los hábitos de varias asociaciones de monjas norteamericanas, y so pretexto de que defendían la religión, atacaban la revolución constitucionalista. Pero esos grupos de damas piadosas que no pueden ver morir un perro sin llorar, estuvieron “radiantes cuando asesinaron a nuestros apóstoles de la democracia”, eran las mismas que pidieron elocuentemente a Madero que perdonara la vida de Félix Díaz, “y que a pasar de su fina humanidad, no pidieron a Félix Díaz la vida de Madero inocente”. Esas asociaciones de tan cristianas damas pedían guerra santa, bajo el falso argumento de que no había libertad de credo y que en México el Constitucionalismo perseguía a la religión.

El constitucionalismo, y con él la nación mexicana, aspiran a la depuración del clero católico que existe en la república, al castigo de los culpables que ayudaron a Huerta a cometer el doble magnicidio y luego financiaron a su gobierno, y a la moralización de todos sus miembros, para que no contaminen con su podredumbre a los buenos mexicanos.<sup>177</sup>

Sin quererlo, Félix Palavicini, en su calidad de secretario de educación, se vio envuelto en el conflicto Iglesia *versus* Estado, a raíz de que prohibió el uso de un libro escrito por José Ascencio Reyes, usado en las escuelas católicas como texto de historia de México para la primaria, titulado: “Nociones Elementales de Instrucción Cívica”, en el que se enseñaba a detestar a Hidalgo

<sup>177</sup> El Demócrata. Martes 28 de diciembre de 1915.

y Morelos, pero sobre todo a los próceres de la reforma. Era notoria la intención del autor de desprestigiar la Leyes de Reforma, “infundiendo en la niñez ideas de todo punto antagónicas a ellas”, con la clara finalidad de “someter a la gran masa social a la abyección religiosa, al fanatismo, a la postración moral y la superstición”, profetizó Palavicini, que fue a su vez, duramente criticado por la prensa católica.

Recordemos que durante los años que duró la Revolución, ningún pozo petrolero explotó, mucho menos una refinería o un barco cargado con decenas de miles de barriles de petróleo, por el contrario, la producción petrolera no sólo no se interrumpió, sino que se mantuvo en acelerado crecimiento. Entre otras causas, porque las compañías petroleras británicas y norteamericanas mantenían una fuerza paramilitar para proteger sus “propiedades”. Luis Liceaga aseguró que “los petroleros le entregaban a Peláez 17 mil dólares mensuales, gracias a la recomendación del general Félix Díaz”. Reveló también que católicos mexicanos y yanquis, encabezados por el Obispo de Oklahoma, Frances Kelley, ofrecieron a Félix Díaz “veinte millones de dólares para iniciar su campaña”. Para recibir tal suma, Díaz designó a Federico Gamboa. En el campamento de Tierra Colorada, Veracruz, “los jefes reaccionarios” firmaron el 23 de febrero un manifiesto proclamando a Félix Díaz como Jefe del Ejército Reorganizador. El gobierno norteamericano no hizo nada para bloquear la ayuda que Félix Díaz estaba recibiendo de la Iglesia católica en Estados Unidos, y de “científicos” acaudalados que vivían en aquel país, y de grandes intereses norteamericanos.<sup>178</sup>

El general Plutarco Elías Calles, gobernador de Sonora, explicó que se había procedido en ese estado a la expulsión de sacerdotes católicos porque el obispo Valdespino, desde los Estados Unidos, escribió que se avecinaban días de felicidad para la patria con lo que deja entrever un nuevo plan sedicioso. O la felicidad a la que se refirió el obispo era la que traía el general Pershing con su expedición punitiva. El año de 1916 fue de elección presidencial en Estados Unidos, naturalmente que Wilson sopesó y meditó el impacto que tendría el problema mexicano sobre su posible reelección. Hoy sabemos que apostó a la invasión y ganó su reelección. Pero durante la campaña presidencial, la Oficina propagandista para la Exposición del Romanismo Político, promulgó

<sup>178</sup> National Archives Washington. PRO.FO. 371-3243-2743. Report of Department Intelligence Office Headquarters Southern Military Command, submitted to the Military Intelligence Section, Army War Collage, Washington, 22 de febrero de 1918.



la tesis de que la Iglesia católica estaba haciendo una activa cruzada en pro de la intervención y que el partido republicano había unido sus fuerzas con ella para derrotar a Wilson. Pero Wilson llamó al electorado a votar por él, para derrotar esa coalición de catolicismo y “grandes negocios”. El secretario de estado, Lansing, reconoció: “teníamos que aceptar en silencio la crítica que se nos hacía por reconocer a Carranza, por no actuar con vigor, o por retirar a Pershing sin logro alguno”. Ante la invasión yanqui, algunos sindicatos del distrito federal solicitaron apoyo a los anarquistas catalanes para sostener la lucha antiimperialista de México. Hicieron “eco a la acusación carrancista de que Wall Street y la Iglesia católica habían fomentado la intervención de Estados Unidos a fin de ayudar a los enemigos capitalistas de Carranza”. Desde el primer momento, Carranza exigió el retiro de la expedición norteamericana sin condición alguna.

#### 5. GUERRA CONTRA LA SATÁNICA CONSTITUCIÓN DE 1917

Meses después se presentó otra coyuntura para que volvieran a chocar Iglesia católica y el Estado Revolucionario Constitucionalista. La segunda semana de diciembre de 1916, en el congreso de Querétaro, que ya tenía un par de meses deliberando sobre el destino de México, se discutió el artículo tercero. Triunfó un dictamen que la Iglesia católica calificó de ateo y jacobino. En la Comisión del artículo tercero participó Francisco J. Múgica, quien se llevó “las palmas de las izquierdas con sus intemperancias. Soy enemigo del clero, —declaró Múgica— porque lo considero el más funesto y el más perverso enemigo de la patria. Si dejamos la libertad de enseñanza absoluta, no formaremos generaciones nuevas de hombres intelectuales y sensatos”. El 16 de diciembre se aprobó el Artículo 3º por 99 votos contra 58, el cual encendió la ira de la jerarquía católica, que lo tildó de ateo, materialista e irrealizable.

Los debates del congreso constituyente interesaban no sólo al pequeño mundillo político mexicano, sino al departamento de Estado norteamericano y a la Iglesia católica por igual; por ello Lansing, el secretario de Estado norteamericano, telegrafió a su agente Charles B. Parker que procurara tenerlo al tanto de las reformas adoptadas o proyectadas en la Constitución. Por su parte, las damas católicas de Monterrey, antes de que se diera a conocer la nueva constitución, enviaron un memorial a los diputados de Querétaro, para protestar porque sabían que muchas de las leyes que se proyectaban “son

vejatorias u opresoras de nuestra santa religión. La educación laica es atea y atenta contra nuestras creencias y tradiciones, pues se quiere descristianizar a México”. Eso pidieron estas enteradas damas católicas regiomontanas, que se reformara el artículo 3º, en el sentido de permitir la enseñanza de “nuestra santa religión” en todas las escuelas, amén.

Por encima del conflicto con la Iglesia, estaba el conflicto que sostenía el constitucionalismo con Estados Unidos, tanto con su Estado, como con las compañías petroleras, que se organizaron para resistir y sabotear la aplicación del artículo 27 constitucional. Con estatura de jefe de Estado, Carranza advirtió que

México es libre para derogar o modificar sus leyes, las cuales, sin efecto retroactivo, o aunque lo tengan, si son de orden público, tienen que ser obedecidas por los extranjeros, quienes deben acomodar sus actividades a nuestras leyes en vez de usar la influencia de sus gobiernos para forzar a México a adoptar la legislación que a ellos les convenga.<sup>179</sup>

Pese a su condición de primer productor mundial, Estados Unidos era un importador neto de petróleo, y México era la fuente natural de sus importaciones. El nacionalismo revolucionario mexicano, plasmado en la constitución, en sí y como precedente que otros países pudieran invocar en el futuro, fue considerado entonces como un enemigo directo no únicamente del imperialismo informal sino del capitalismo internacional; y sólo cuando estalló la Revolución bolchevique en Rusia pudo México deshacerse de ese papel de enemigo principal de la estructura económica mundial.<sup>180</sup> Por su parte, el artículo 123 levantó la ira de la clase capitalista, en él se plasmaron reivindicaciones proletarias que hoy nos parecen elementales, como la jornada de 8 horas, la semana laboral de seis días, derecho a formar sindicatos y a la huelga, pero que entonces fueron apreciadas como una revolución en las relaciones laborales por parte de los obreros, y como un atentado contra la libertad, la propiedad y el capital por parte de los industriales. Industriales, clero e intereses imperiales se aliaron para liquidar, o al menos torcerle el cuello a la recién nacida constitución.

<sup>179</sup> Alberto Bremauntz, *Panorama social de las revoluciones de México*, México, Ed. Jurídico-Social, 1960, p. 237.

<sup>180</sup> Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la revolución mexicana*, México, COL-MEX, p. 179.

La Iglesia católica respingó desde el mismo 5 de febrero contra la nueva constitución. Parecía que la historia de 1857 se iba a repetir en 1917, es decir, que apenas promulgada la constitución de 1857 la iglesia la excomulgó por satánica y hereje y desató en su contra la sangrienta Guerra de Tres Años o de Reforma, y enseguida auspició la intervención europea en México; esta historia se repitió con la guerra cristera que desató el clero católico en 1926. A ningún gobierno mexicano le conviene tener de enemiga a la Iglesia católica. Hasta que Carranza llegó a un acuerdo con la Iglesia, se alcanzó un cierto *modus vivendi*, hasta entonces, diversos gobiernos estatales atacaron al clero. Algunos gobernadores, como Alfredo Elizondo en Michoacán, “arrasaron las propiedades de la Iglesia”. En Tamaulipas se prohibió a los sacerdotes predicar, confesar, bautizar o aceptar donativos. Obregón y Calles enfrentaron los ataques de la iglesia católica, impusieron préstamos e incautaciones, y aplicaron el artículo 33 constitucional contra decenas de sacerdotes extranjeros.

Carranza tuvo a la iglesia católica como enemiga, en particular al arzobispo y a los obispos que cantaron el *Te Deum* a Huerta, para bendecir su golpe de estado. Aunque Carranza era anticlerical, estaba casado por la Iglesia, provenía de una familia de padre liberal y madre católica, pero

estaba decidido a castigar a la Iglesia porque creía que los clérigos habían ayudado a Huerta ( ) Carranza mandó sacar de Yucatán a 65 sacerdotes extranjeros y advirtió a las autoridades locales que debían obedecer las leyes constitucionales o se verían en dificultades ( ) Carranza pasó por alto las protestas de los Estados Unidos cuando Obregón arrestó y exilió a 180 curas de la capital a raíz de que la iglesia se negó a pagar medio millón de pesos destinados a alimentar a los pobres.<sup>181</sup>

La revista católica *Extension Magazine*, publicada en Estados Unidos, el 11 de abril de 1917, mencionó que la lucha contra la constitución era la lucha del Cielo contra el Infierno; citó una proposición oficial de Carranza para desfanatizar al pueblo importando misioneros protestantes. Hasta su muerte, todos los clérigos mexicanos exiliados continuaron atacando a Carranza desde Estados Unidos; cuyo gobierno calculó en 1918 que los seis mil templos de la Iglesia Católica regados por toda la república, debían contener objetos

<sup>181</sup> Robert. E. Quirk, *The Mexican Revolution and the catholic church, 1910-1929*, Texas, 1960, pp. 74-76.

y capitales valuados en más de cien millones de pesos. El Partido Liberal Constitucionalista de Puebla le solicitó a Carranza expropiar todas las tierras de la Iglesia, recoger las ofrendas, expulsar a los curas extranjeros y fundir las campanas para hacer moneda metálica. Esta ola anticlerical llevaba en la cresta a Carranza, que tenía motivos de sobra para temer y detestar a los prelados, de los que recibió constantes solicitudes para que devolviera los templos y se reanudara el culto. En la intimidación Carranza comentó que comprendía el sentimiento religioso del pueblo.

El Estado norteamericano protestó por la amenaza socialista y nacionalizadora que significaba la Constitución de 1917, secundado por la Iglesia católica, en estrecha alianza con los intereses imperialistas y luchando por los mismos objetivos: acabar con la constitución y con los constitucionalistas. En una Pastoral, varios prelados mexicanos protestaron contra la nueva Constitución. La protesta fue redactada y lanzada en Estados Unidos, al tenor de: “El Código de 1917 hiere los derechos sacratísimos de la Iglesia Católica; proclama principios contrarios a la verdad enseñada por Jesucristo”. Los prelados juraron dar su sangre por Cristo, como él la dio por ellos, y defender de la manera “que nos sea posible, la libertad religiosa del pueblo cristiano de México, en vista del rudo ataque que el presente gobierno infiere a la religión. I.- Que conforme con las doctrinas de los Romanos Pontífices”, se declaraban en rebeldía “contra la Constitución, destructora de la religión, de la cultura y de las tradiciones, protestamos como Jefes de la Iglesia Católica”. La misma Iglesia, a través de sus “Jefes”, se declaró fuera de la ley y en estado de rebeldía contra la Constitución desde el primer momento de su promulgación. Tres meses después los santos prelados recibieron la bendición apostólica del Papa Benedicto XV. Se refirió el Infalible a la reciente protesta contra la nueva Constitución, juró haberla “leído (la constitución) una y otra vez”, y haber llegado a la conclusión de que algunas de las prescripciones de la nueva ley manifestaban ignorar los sagrados derechos de la Iglesia, y otros se oponían directamente a estos derechos. El conflicto Iglesia-Estado se prolongó durante el lustro siguiente, hasta que en 1926, auspiciada desde los Estados Unidos, la Iglesia católica levantó en armas a sus masas de fanáticos creyentes. Los prelados criticaron los artículos 3, 30, 31 y 5, la fracción II del artículo 27, y los artículos 123 y 130.

Los conflictos menudearon en toda la república, el que sostenían Iglesia y Estado no era el menor. En la cuarta carta pastoral que Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, dirigió a “Al Clero Secular y Regular y

todos los fieles de la Arquidiócesis”, los convocó a estar listos para el combate. El arzobispo deseaba comunicarse directamente con su “amada Grey”, para decirle que la divina providencia le había revelado que la nueva Constitución Política, “haciendo enteramente a un lado a la Iglesia Católica, trata de subyugarla y oprimirla”. Para “Protestar, como lo hago, contra la nueva Constitución, haciendo mía la Protesta de una gran parte del Episcopado Mejicano”. A los fieles de su grey preguntó, ¿cuál debe ser vuestra conducta? Y respondió con voz angelical, “como católicos y fieles hijos de la Santa Madre Iglesia”; defenderla del Satanás constitucionalista, “o correr la suerte de la Esposa de Jesucristo. Llegó el tiempo de que reviva en nosotros el verdadero espíritu cristiano”, que se resumía en matar (o si prefieren derogar) la Constitución cuatro meses atrás jurada. La Pastoral fue prohibida por el gobierno, a pesar de lo cual, el gobernador de Jalisco recibió de la policía una nota en la que señalaban ocho templos donde se había leído la Carta Pastoral del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez. El gobernador procedió a catear los templos mencionados, provocando una manifestación de protesta contra el cateo y las aprehensiones de sacerdotes.

Más que en desobediencia contra la constitución, el clero estaba en franca rebeldía y convocando a la guerra santa. La desobediencia pública a las leyes se persigue y castiga, recordó Carranza. El conflicto con la Iglesia en Jalisco llevó a su gobernador a tomar medidas drásticas. Fueron clausurados ocho templos católicos en Guadalajara, entre ellos la Catedral. Fijándose en sus puertas el siguiente decreto:

Este Gobierno ha estimado que siendo las iglesias propiedad de la Nación, el consentir en ellas reuniones donde se predica incitando al pueblo al desconocimiento de sus leyes supremas y por ende a la rebelión. Mi gobierno pidió y obtuvo autorización del C. Presidente de los Estados Unidos Mexicanos para retirar del servicio, clausurándolos, los templos en que el día 24 del mes próximo pasado, se leyó en el púlpito una Carta Pastoral, en que se incita al pueblo a la rebelión, protestando terminantemente contra la Constitución general de la República.

Inútilmente se buscó al arzobispo por Guadalajara con una orden de aprehensión, también se buscaba al canónigo Miguel Cano y al presbítero Juan Martí. Se temía que las aprehensiones continuaran en otras poblaciones. Por lo pronto, en Guadalajara, fueron aprehendidos el Presbítero José Garibi Rivera

y el diácono Dámaso Quintana, igual suerte corrieron muchos seminaristas. Concluidas las fiestas patrias de 1917, Carranza volvió a las tareas de gobierno, ordenó que ante el alto valor alcanzado por la plata en los mercados internacionales, se procediera a la acuñación de nuevas monedas de ley más baja, porque si no, se fugaban del país, y prohibió terminantemente exportar monedas de oro y plata. Dispuso asimismo que fueran confiscadas en favor del Erario Nacional algunas compañías pertenecientes al clero católico. “La Piedad” poblana era una, los bienes intervenidos a la Iglesia sumaron varios millones. En Guadalajara fueron confiscadas algunas casas del clero que serían administradas por el Departamento de Bienes Nacionales de la secretaría de Hacienda. Según un inventario hecho por el gobierno, los templos católicos sumaban 6,854. A mediados de octubre, la lucha entre la Iglesia católica y el Estado nacional tomó un giro extraño. Aprovechando la permanencia en Hermosillo del presbítero Ernesto O. Llano, el gobernador de Sonora, Plutarco Elías Calles, trató de crear un cisma creando la Iglesia Católica Mexicana, con Llano como Papa.

La alianza petrolera-religiosa se discutió en el salón de sesiones de la cámara de diputados, donde Luis Cabrera señaló que dos poderosas compañías petroleras, la “Huasteca petroleum Co”, y “El Águila”, manejadas por norteamericanos e ingleses respectivamente, no habían cesado de prestar ayuda a los rebeldes, proporcionándoles armas con las que matan a los constitucionalistas. Cabrera señaló la alianza de esos dos poderosos enemigos de la Revolución y de la Constitución: la Iglesia católica y las compañías petroleras extranjeras. “El clero es también un terrible enemigo”, señaló el diputado Cabrera,

su labor es de las que no se sienten, todos los obispos están en el extranjero, y no es de creerse que estén descansando, están trabajando en contra de nosotros, y ya no en Roma, porque ahora está de moda refugiarse en Estados Unidos de Norteamérica, donde sus colegas les prestan incondicional ayuda. Ahora el alto clero trabaja en inglés, tienen la esperanza de que de allá les ha de venir la salvación, el clero cuenta con muchos y muy importantes medios económicos

Ahora busca protegerse bajo la sombrilla militar norteamericana. Como ave de mal agüero, el embajador Fletcher pensaba que su única esperanza era que la ayuda que le prestaban a su hombre fuerte en Tampico, Manuel Peláez, diera por resultado la renuncia de Carranza, Fletcher y compañías petroleras

no obtuvieron la renuncia sino el artero asesinato de Venustiano Carranza por parte de un esbirro de la *Standard Oil*.

Como un acto de distensión y tolerancia, el Jefe de Hacienda de Jalisco hizo entrega al deán Manuel Alvarado, de la Catedral de Guadalajara, y el gobernador del Estado prometió entregar los siete templos restantes intervenidos. En Jalisco, la crisis económica y de subsistencias era menos aguda que en Monterrey, pues hasta hace poco floreciente e industrial ciudad, “es ahora muy difícil ganarse la vida, el trabajo escasea, los alimentos cuestan un ojo de la cara y el dinero es cada día más escaso”.<sup>182</sup>

A finales de octubre, los carrancistas protestaron por la atentatoria y agresiva resolución tomada por los miembros de la decimosexta Convención de Sociedades Católicas celebrada en Kansas, donde “se resolvió que nuevamente se lleve registro de la protesta de los millones de ciudadanos americanos representados por esta Federación contra la tiranía irreligiosa que gobierna México. Bajo las prescripciones de una Constitución impuesta al pueblo por dictadores militares, que ha quitado a los Cuerpos Religiosos su derecho legal a existir”. Los sátrapas señalados por las Sociedades Católicas eran Carranza, Obregón, Calles, y los gobernadores de Jalisco, Guanajuato, Puebla, Yucatán. Cuya meta, según las sociedades católicas norteamericanas, era privar “a los ciudadanos mexicanos del derecho de enseñar a sus hijos a adorar a Dios”, lo que exigían los millones de católicos norteamericanos, es que “esas leyes inicuas”, las de la Constitución, fueran derogadas y se liberara la religión, “nuestro Gobierno debe rehusarse a favorecer cualquier empréstito a México”, exigieron los mitrados yanquis. La agresión no podía pasar desapercibida, *El Pueblo*, periódico carrancista, respondió condenando la actitud de los católicos en Kansas. Aseguró que los sacerdotes mexicanos se expatriaron al caer Victoriano Huerta, temerosos de ser castigados por haberse adherido a un usurpador “que tenía como base una traición comparable sólo a la de Judas”.<sup>183</sup>

Una tupida red de espías internacionales trabajó en México durante los años revolucionarios. Especialistas en revoluciones, golpes de estado, huelgas o sabotajes. Krumm Heller fue uno de tantos, llegó a México para auxiliar el trabajo pro germano del embajador von Eckardt, que estaba convencido de que la influencia germanófila se extendía por todo México. La política

<sup>182</sup> El Universal, sábado 20 de octubre de 1917.

<sup>183</sup> El Pueblo, 28.10.1917. Publicó los extractos citados de las sociedades católicas.

alemana en México continuaba siendo la misma de tres años atrás, la de intentar provocar un conflicto bélico entre México y Estados Unidos con el fin de mantenerlos ocupados y fuera del escenario europeo, la política de alentar a la dirigencia mexicana contra Estados Unidos y los aliados. Se decía que el principal agente alemán dentro del gobierno mexicano era el secretario de Comunicaciones, Mario Méndez.<sup>184</sup> Según informes norteamericanos, Méndez recibía de Eckardt seiscientos dólares mensuales, muchos periódicos y periodistas de la capital y la provincia, recibían también su cohecho por hacer propaganda pro germana. Eckardt mantuvo contacto con Carranza y también con sus enemigos; como la Iglesia católica, con la cual Eckardt mantenía relaciones públicas. Consideraba que era la única fuerza que podría “salvar” a México; aunque el ministro alemán se equivocaba al juzgar que la iglesia católica mexicana tenía una actitud anti norteamericana. “Como me ha comunicado hace poco un destacado sacerdote, el clero católico es totalmente germanófilo”.<sup>185</sup>

A todo lo largo de 1917, y los años siguientes, la Iglesia católica continuó su sistemática cruzada contra la “satánica” constitución de 1917. A mediados de junio llegaron a Veracruz, debidamente custodiados, dos sacerdotes católicos de nacionalidad española aprehendidos en Tochimilco durante un combate contra rebeldes felixistas. Los curas extranjeros fueron hechos prisioneros con las armas en las manos, eran una prueba viviente de la iglesia anticarrancista y pro Félix Díaz. Por razones similares, el gobernador del estado de Hidalgo, el general Nicolás Flores, ordenó la expulsión del obispo de Tulancingo por considerarlo persona *non grata* por hacer propaganda anticarrancista.

El 5 de junio Venustiano Carranza firmó un decreto por medio del cual pasaban a propiedad de la nación algunos templos del distrito federal. También en Jalisco volvieron a ponerse ríspidas las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Su gobernador sustituto, Bouquet, emitió un decreto para fijar la densidad de sacerdotes por kilómetro cuadrado y número de feligreses: un ministro por cada templo abierto al servicio de cualquier culto, “sólo podrá oficiar un sacerdote por cada 5,000 habitantes o fracción”. El 5 de julio fue

<sup>184</sup> F. Katz, *La Guerra secreta...*, t. 2, pp. 119-123, paquete 17, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18.12.1917; DZA Merseburg, rep. 92, e. i., núm. 13, papeles de Kapp, informe de Jahnke, octubre de 1919.

<sup>185</sup> F. Katz, *La Guerra secreta...*, t. 2, pp. 119-123, México 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7.08.1918.



aprehendido el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez en Lagos, Jalisco. Al día siguiente llegó a Lagos un tren militar al mando del general César López de Lara, que ordenó se le entregara el arzobispo. Mismo que fue custodiado hasta Tampico, donde el general López de Lara lo mantuvo incomunicado.

El decreto que fijaba el número de sacerdotes con respecto al número de fieles y de kilómetros fue imposible de aplicar. Ningún sacerdote católico lo tomó en cuenta, en cambio, unánimemente decidieron suspender los cultos para demostrar que el gobierno coartaba la libertad religiosa, mientras sus abogados recurrían por la vía del amparo. El 16 de julio llegó a Laredo el tren procedente de Tampico con el arzobispo Orozco y Jiménez a bordo, cuyo vía crucis estaba a punto de terminar felizmente (con x, por sus relaciones con Félix Díaz). Como era querido por su feligresía, antes de que fuera deportado, más de cien damas católicas solicitaron al general Manuel M. Diéguez en Guadalajara que se liberara al arzobispo Orozco. En los días siguientes estalló la violencia en Guadalajara, desde una semana antes los católicos lanzaron una hoja citando a una manifestación, ésta se efectuó el 22 de julio y, a decir de sus organizadores, resultó imponente. El general Diéguez permaneció firme e intransigente, repitió que los sacerdotes engañaban al pueblo y que, como “todos los mexicanos debían acatar la ley o abandonar el Estado”, acto seguido la policía disolvió la multitud a macanazos. La alta jerarquía católica ordenó que, en los templos de Guadalajara y otras poblaciones de Jalisco, quedaran suspendidos todos los actos de culto a partir del 1 de agosto, hasta que se derogara el decreto 1913. Cuatro días después de la suspensión de cultos, el Oficial Mayor de Gobernación, Paulino Machorro Narváez ofreció una explicación naturista acerca de la aprehensión y expulsión del arzobispo Orozco y Jiménez, fue expulsado, dijo, por ser “agitador por naturaleza”. La última semana de agosto una comisión de católicos de Guadalajara viajó a la capital y fue recibida en Palacio Nacional. La suspensión de cultos no duró mucho, hacia finales de septiembre la curia cobró conciencia de que no era tan buena táctica de guerra suspender ritos y cultos, razón por la cual se volvió a celebrar el sacrificio de la santa misa en los templos de Jalisco para plácemes y tranquilidad espiritual de los fanáticos jaliscienses.

El gobernador de Jalisco, general Diéguez, tuvo que ceder ante la presión de la Iglesia católica, derogó el decreto 1913 que limitaba el número de sacerdotes en el Estado, debido a las protestas que suscitó y quizá por temor, porque la conducta del clero y sus fieles era cada vez más agresiva, aparecieron anónimos fijados en los postes que advertían: “Protestamos contra los

constitucioneros que hablando de libertad nos hundan en la anarquía ( ) Guerra a muerte contra los herejes. Mueran los enemigos de Dios”. Al día siguiente las iglesias abrieron nuevamente sus puertas. El vicario capilar de la arquidiócesis de Guadalajara, canónigo Manuel Alvarado, visitó al general Diéguez para darle las gracias en nombre de los católicos tapatíos.

En su época, la Constitución de 1917 fue un escándalo, un texto satanizado tanto por la Iglesia como por el imperialismo yanqui. Fue bautizada por la Iglesia católica mexicana, cobijada por la Iglesia católica norteamericana, como hereje, atea y socialista. Para la conjura imperialista sobre México era la mejor prueba de que el Estado Revolucionario quería conducir a México por el camino de las confiscaciones y nacionalizaciones para llegar por esa vía equivocada al socialismo, es decir, aunque todavía no se empleara el concepto, la Revolución Mexicana con su constitución, eran un experimento marxista, y Carranza, por tanto, un bolchevique. Este bolchevique de Cuatro Ciénegas, Coahuila, fue asesinado en 1920. En la primavera de 1922, el protonotario del Papa se entrevistó con Leland Harrison, jefe del departamento de estado norteamericano, para ofrecerle la intermediación de la Iglesia católica para disminuir el miedo que sentían los latinoamericanos ante el coloso del norte. El reverendo Francis Kelly, informó a Leland que había propuesto a Andrew Carnegie suministrar fondos para educar a los sacerdotes latinoamericanos en los Estados Unidos con el fin de que pudieran diseminar la “verdad” en torno a Estados Unidos.<sup>186</sup> La iglesia católica se convertía así en propagandista del nuevo evangelio: el del imperialismo norteamericano. En 1928, cuando ya era presidente electo de México, Obregón fue asesinado por José de León Toral, un fanático católico de 26 años de edad que, durante un banquete que servían en honor del presidente electo en el parque de la Bombilla en San Ángel, pidió permiso para dibujar un retrato de Obregón, y una vez que estuvo frente a él, le vació la carga de un revólver.

<sup>186</sup> Memorándum de conversación con el muy reverendo Francis Canon Kelly, 3 de mayo de 1922, Harrison MSS.